

DÉJAME DECIRTE

CÓMO TE QUIERO

La estupidez humana no tiene límites.

Capítulo 1

El miedo comienza a repartirse inundando cada rincón de mi cuerpo. Conozco esa sensación, así que analizo cada detalle de tensión, cada fibra, cada nervio. Intento contener la presión respirando, haciendo que mis hombros se coloquen hacia atrás y los músculos de mi cara se aflojen ligeramente. Mi lengua consigue despegarse del paladar. Compruebo que mis puños se cierran sin fuerza, mientras hago varias inspiraciones un poco más amplias.

Se percibe un ambiente de cierta complicidad, una amistad que no existe. Una sonrisa y una mirada son suficientes para romper ese momento incómodo, y él ha decidido entregarme, de cada una de ellas, un buen puñado.

Sus tranquilos ojos verdes acaparan toda mi atención, destacando por encima del resto de sus rasgos. He de decir que es uno de los hombres más atractivos con los que he tenido relaciones y también que esa lista es preocupantemente larga.

Sin conversación previa pronuncia un número de teléfono que anoto a toda prisa en mi iPhone último modelo. Reacciono como un niño, como si pudiera arrepentirse de su acción, arrebatándome mi trofeo.

Una pequeña desconexión se produce en mi cerebro. Alguna clase de encima se libera, dando orden de relajación a los músculos que aún quedaban contraídos. Miles de endorfinas inundan mi cabeza, consecuencia del éxito conseguido. Todo ello se traduce en una amplia sonrisa, brillo en la mirada y un abrazo de despedida con un “nos vemos pronto”, como único objetivo.

Un espontáneo comentario sobre la recargada decoración del salón me lleva a plantearme el curioso título del cuadro que se muestra justo frente a mí. “La Última Escena” permite observar a un grupo de pequeñas bailarinas que te atraen rápidamente con sus posturas imposibles. Parece que se desplazaran por el lienzo contagiando felicidad, para terminar situadas en primera línea, esperando en hilera el merecido aplauso del público. Es la representación del final del “Lago de los Cisnes”, pero si te fijas bien, la figura central se alza sobre las otras once, en un guiño a los Apóstoles que rodeaban al Mesías. Curioso juego de palabras el título que compara la Sagrada Cena con el último acto de un cuento de hadas. Y más curioso aún que la obra presida el salón de la vivienda de un siervo de Dios.

Ante mi cara de asombro y supongo que para desbloquear el momento, Álvaro explica pausadamente que el ballet, compuesto por Tchaikovsky a finales del siglo XIX, está basado en un antiguo cuento alemán, “El Velo Robado”. La historia original no difiere mucho de su adaptación musical.

Mi mente solo es capaz de “escuchar” su mirada, no me interesa esa historia. Asimila cada uno de los detalles de su cara, como la inusual arruga de su ceño, la diferencia entre sus finas cejas, o esa cautivadora sonrisa que se eleva por encima de una incipiente barba, en la que se deja al descubierto su madurez.

La falta de respuesta crea un silencio que él se complace en completar. Comenta sin demasiado detalle la procedencia de la gran cantidad de máscaras que cuelgan sobre el sofá de la estancia, así como los adornos orientales que colman el mueble del salón, de estilo castellano. Supongo enseguida que los souvenirs proceden de sus numerosos viajes a exóticos lugares, seguramente por trabajo.

Con una rápida mirada voy pasando por las piezas comentadas, frenando en seco sobre el lienzo que vigila la mesa de la estancia: el “Joven junto al mar”, de *Flandrin*. Una obra neoclásica aunque inclinada hacia el romanticismo que me devuelve quietud, melancolía, soledad, meditación, puro sentimiento de paz. Una vez más, pienso que este joven sentado sin ropajes sobre una roca, no es lo que esperaba encontrar en la morada de un sacerdote. Parece que tengo que repasar mi lista de estereotipos y actualizarla a los nuevos tiempos.

Reconozco que cuando tengo una cita mis nervios dominan la situación y mis músculos se tensan hasta el límite. Incluso suelo desear que todo sea una broma y no haya nadie esperando tras la puerta. Me digo a mi mismo que no está bien, que tengo que centrar mi vida y olvidar estos encuentros, pero no es fácil. Esta vez ha sido diferente.

Recuerdo entrar en el apartamento y ser recibido por su dulce sonrisa. Se produjo enseguida una inexplicable atracción química, sobre todo teniendo en cuenta mi físico, que suele pasar desapercibido. Digamos que se me conoce más por otras aptitudes.

Cordiales frases clásicas de ascensor envolvieron nuestros pasos hasta una habitación de austera decoración. Su pequeña ventana entreabierta dejaba penetrar el aire fresco de la mañana, bamboleando unos visillos que nos protegerían de ajenas miradas. Los rayos del sol de ese mes de junio jugaban a iluminar de forma intermitente el sencillo cabecero de caoba. Ese minimalismo se remataba con un viejo papel pintado, que dejaba adivinar en la pared la marca de un crucifijo, seguramente retirado para no compartir ese momento.

Nuestras miradas, nuestras manos, sin palabras, comenzaron un intercambio de abrazos y caricias, besos interminables, un baile de sentimientos, placer, sonrisas,... Propuestas delicadas, necesidades completadas, carencias destruidas, voluntades anuladas, creencias relegadas, horas de ternura que aún hoy consiguen erizarme la piel.

No era el plan previsto. No supimos verlo, no era lo deseado. Habíamos contratado un encuentro entre dos hombres comprometidos y la vida nos puso patas arriba sin preguntar. A veces pienso que debería haber salido corriendo, o que él debería haberme parado los pies. Deberíamos haber intentado ser más conscientes de nuestro futuro, de lo que se nos podría venir encima,..., pero no lo hicimos. Nuestras almas conectaron más fuerte que nuestros cuerpos, antes de que nuestras mentes pudieran ni siquiera sospecharlo. Los abrazos que nos dimos traspasaron nuestra piel, ligándonos para siempre. No podré volver a encontrar jamás esa sensación de seguridad, de estar completo, de ser en paz.

Me dispongo definitivamente a salir de la vivienda cuando recibo un nuevo abrazo. Otra enorme y cercana muestra de cariño que me alimenta hasta lo más profundo. Un par de palabras de despedida recorren mi cerebro, mientras bajo

las estrechas escaleras de las dos plantas que me separan de la realidad. Mi curiosidad no quiere evitar comprobar su nombre en los buzones. Para mi sorpresa no hay placa en el segundo izquierda.

En fin, ya está. Si nos vemos otra vez pues nos vemos, y si no, sin problema. Ese intento de pensamiento positivo me acompaña al salir a la calle en ese caluroso mediodía de junio. Mientras camino cabizbajo, sintiéndome aplastado por el sol abrasador y la falta de aire de Madrid, el sonido de mi *wasap* despierta en mi bolsillo.

- Gracias por este rato, Jon. Espero que nos podamos ver pronto.
- A ti. Cuando quieras – contesto pretendiendo ser correcto.
- Me he sentido muy cómodo contigo. Es la primera vez que hago esto y te pido por favor que seas lo más discreto posible. Aunque, eso se supone ¿no?
- Claro. No te preocupes, es parte de mi trabajo. Todo está controlado - respondo.

Capítulo 2

Cientos de dossiers abarrotan mi mesa, parece mentira que vivamos en el siglo XXI, en la era de internet. En mi oficina hay más árboles muertos que corazones comprometidos. Esas montañas de papel crean una barrera, dando lugar a mi submundo, prácticamente aislado de las miradas de los compañeros. Con los auriculares a todo volumen, aunque levantes la mirada, tienes la sensación de estar completamente solo, de poder gritar sin que nadie te oiga, de poder morir sin que nadie se acerque a tenderte la mano.

Pueden pasar horas sin que despegue los ojos de la pantalla, eso sí, último modelo de maravillosa resolución “*quad-HD*”. Es probable que adivine la cercana presencia de alguno de mis compañeros por su fragancia atravesando mis sentidos, como un *AVE* a toda velocidad. Tengo que reconocer mi debilidad por los perfumes, lo que me permite distinguir a cada persona con un buen porcentaje de acierto.

Esa sensación de aislamiento se agranda a medida que se acerca el verano. La necesidad humana de cerrar un episodio de su vida laboral se acentúa con la llegada del calor. Todos los años la histeria estival de nuestros clientes dispara la actividad del personal, sobre todo de aquellos no tenemos posición para poder elegir. Esa locura alimenta el muro de papel de mi universo. Como si el mes de agosto intentase acabar con el mundo una y otra vez, la exigencia de dejar cerrado todo informe, valoración, revisión de estado de producto o progreso de proyecto pendiente, toma el control de la empresa. Incluso a sabiendas de que septiembre siempre hará desaparecer esas mismas urgencias.

Sus ojos verdes navegan por mi retina, haciendo difícil que pueda concentrarme. Visualizo su mentón repleto de pequeñas canas en cada uno de los documentos que reviso. Estoy preocupantemente obsesionado. Debo respirar y poner los pies en el suelo. Es lo que es, y ya está. Solo ha sido uno más.

Términos como compenetración, complemento de vida, abrazo de piel, mirada profunda, plenitud, sonrisa plena, tiempo detenido, cariño, necesidad de amor,..., emergen en mi cerebro. Es como una olla de palomitas de maíz cargadas de emoción que ciegan mi razón. Tengo su abrazo tan dentro de mí, que siento como el calor de su cuerpo me arropa, baja mis pulsaciones, calma mi ansiedad. ¡Madre mía! No me creo ni yo lo que estoy pensando.

- ¿Vamos a comer, Jon? - Se escucha en la voz de Sara al otro lado de mi mesa.
- No, aún me queda trabajo.
- Te esperamos en bar de enfrente. Voy con Alex. - Clara y directa, oigo cómo ella se aleja hacia el ascensor.

No respondo a esa información por la saturación de documentos, aunque pueda parecer falta de educación. Sara es compañera desde hace más de siete años y actualmente es la jefa de recursos humanos de la empresa farmacéutica en la que trabajo. De corta melena rizada, delgado cuerpo y gran simpatía, ronda los cincuenta. En el último año ha sufrido la muerte de tu madre, su divorcio y una parálisis facial que está intentando remontar. Siempre se plantea en voz alta si merece la pena seguir luchando, día a día, en este trabajo.

Más joven que ella, atractivo, elegante, despierto, controlador, obsesionado con su productividad en la empresa, Alex es el empleado perfecto, tanto como nefasto compañero. No esperes que saque la cara por ti, si su fin no lo justifica, posiblemente hundirá aún más la tuya. Alto, ojos azules, ronda los cuarenta, no se le conoce pareja ni familia y se confiesa absolutamente fiel a su mejor amigo: el abono del gimnasio. Tengo claro que solo aceptaría un polvo con él si estuviese muy bien pagado.

Mientras Angie les está explicando con su dulce acento colombiano la inminente puesta en marcha de la nueva App de *El Rincón de los PeScados*, ojeo rápidamente el menú de hoy en el tablón de tiza del fondo. En nuestras mesas es costumbre que el café de uno conviva con el primer plato del otro.

Ensalada de rúcula con manzana y nueces y de segundo *Salmón con salsa de curry*. Uno de los mejores momentos del día, nublado hoy por las envenenadas conversaciones de Alex. Deben haber mantenido una conversación por el camino, que ha dado pie a un improvisado debate sobre la conveniencia de que un menor tenga dos progenitores del mismo sexo.

Continúo en mi nube, adivinando entre los pequeños detalles de las paredes del local, formas que me transporten a aquella habitación. Mis sentidos se desconectan y mi razón se pierde rápidamente, generando una enorme sonrisa, bajo unos ojos estrellados. De fondo, el murmullo de mi compañero intentando convencer con su homófobo discurso parece hasta agradable.

Recuerdo como empezó esta etapa de mi vida: mis amigos se convirtieron en mis clientes, cuando lo normal sería al revés. Hablemos claro, jamás me planteé verme inmerso en la prostitución. De hecho, al principio no quería asumir denominarlo así.

Desde pequeño tuve claras mis inclinaciones sexuales, tanto como mi necesidad de ser amado,..., pero amado de verdad. Me refiero a ser idolatrado, ser el centro absoluto de atención de una persona. Simplemente, completamente, sin límites. Estos ideales, unidas a una serie de acontecimientos de mi vida como la temprana muerte de mis padres, dieron lugar a que fuera protagonista de muchas citas, repletas de pasión, aunque carentes de realidad.

Buscaba en el sexo la amistad que me faltaba y en las relaciones personales, la protección de un padre. De este modo, en cuanto conocía a alguien con el que conectaba mínimamente, pensaba que esa vez sería para siempre. Mis ilusiones ante cualquier cita disparaban la serotonina de mi organismo, cual primer beso adolescente. Necesitaba ser feliz de manera obsesiva y buscaba conseguirlo a cualquier precio. Esta situación me empujó a prácticas sexuales sin los medios adecuados, en lugares poco aconsejables, o

incluso con personas que no terminaba de apetecerme. Siempre sentía obligación de darle una oportunidad al destino.

Ese comportamiento autodestructivo me llevó a participar en sesiones de sexo en grupo, bien invitado por mi propia libido o por algún nuevo amigo. Poco a poco las realidades fueron aflorando alrededor de mi mundo imaginario, invadiéndolo, desplomando todo el decorado de mis historias, de mis mentiras interiores. Fue entonces cuando, por casualidad, mi destino se cruzó con otro de mis defectos: la avaricia.

Una cerveza *afterwork* en el *Irish Pub* de la Avenida del Loira solía acompañar a los resultados de mis redes. Mi sensación interna era similar a la del cazador de alta montaña, que llena su zona de trampas y se sienta hasta la hora de recoger los premios. En mi caso las trampas eran saludos, con foto de cara, en múltiples aplicaciones donde obtener una cita, una cerveza, sexo exprés,... ¿Y el premio? El premio era en realidad mi castigo.

Una tarde del pasado verano mi trofeo se llamó Martin. Un hombre casado de mediana edad, pelo cano y preciosos ojos negros que buscaba desahogar su intimidad sin procurarse un problema.

Reserva por horas en un discreto hotel del sur de Madrid, que dio pie a un sencillo buen rato de cama. Besos, caricias, miradas lascivas que, lejos de incomodarme, hicieron que sintiera una buena conexión. Extenuado, satisfecho, relajado y aún desnudo sobre la cama, contemplé su cuerpo saliendo de la ducha. Nuestros ojos conectaron y se mantuvieron unidos mientras él revolvía la habitación para encontrar su pantalón. Sin mediar palabra, observé como depositaba unos billetes de cincuenta sobre mi pecho, acompañados de un “muchas gracias, llego tarde”.

No supe reaccionar, o no quise. Un acto reflejo me hizo permanecer paralizado hasta que se marchó de la habitación. Entonces verifiqué que había cuatro billetes, como había parecido entrever. Los guardé en mi cartera, me vestí y me marché. Por supuesto, el cargo de la estancia estaba pagado, supongo que en efectivo. Lo peor es que no me hizo sentir mal. No, de algún modo me excitó ser capaz de poder dar ese servicio y además ser recompensado.

Procuré más encuentros con Martin, insinuándole compartirme con sus conocidos, lo que yo denominaba “publicitarme”. Entre sesión y sesión, en las que íbamos ampliando los límites de nuestras actividades, ambos fuimos generando una confianza que rozaba la verdadera amistad. Ya no me ponía los billetes sobre el cuerpo o sobre la cama, prefería otros modos para completar mi adiestramiento:

- Jon, coge la cartera del bolsillo derecho de mi pantalón y saca todos los billetes de diez.
- ¿Ahora? – protesté desde mi postura, de rodillas frente a él.
- No repliques. Acostúmbrate a hacer las cosas y punto. Es la única forma de aparentar profesionalidad.

Dejé pendiente mi cometido y me levanté inmediatamente, haciendo lo ordenado.

- No los guardes. Tómalos y espárcelos sobre la cama. Quiero que los mires en todo momento y recuerdes que lo estás haciendo por dinero. Si te portas bien, habrá un plus.

Con ese discurrir de los hechos Martin se convirtió en poco tiempo en una especie de amo sexual. No creo que hiciera negocio conmigo, para él parecía todo una cuestión de poder, de sumisión, de placer. Comenzó a organizarme encuentros con uno o con varios de sus amigos. En ellos orquestaba actos que previamente habíamos pactado, de forma que parecieran espontáneos, a fin de darle mayor morbo a la situación. He de decir que coincidí con más de una de mis antiguas citas, que quedaron sorprendidos y encantados con mi nueva vertiente.

Habíamos despertado una faceta desconocida que activaba mi satisfacción, algo interno, descontrolado, una reacción casi animal. En dos semanas poco saturadas de trabajo ingresaba más que un *mileurista*, aunque con muchas menos horas laborales. Pasadas las Navidades, mi cuenta bancaria había engordado, exhibiendo un dígito más de lo habitual, así que, días después decidí darme un capricho y hacer más rico aún al dueño de Apple. El *iPhone 12 Pro* fue mío.

La obsesión y la avaricia convirtieron mi cuerpo en mercancía y mi mente en lo que soy, para bien o para mal. El pasado no se puede cambiar, de hecho, la línea de arriba ya es pasado en tu cabeza. Puede volver a ser presente si la vuelves a leer, pero su primera vez siempre será tu pasado.

Llegados a ese momento de mi vida, centré todos mis esfuerzos en los riesgos de mis prácticas sexuales, la selección de los clientes y de mis límites, el control de la ilegalidad de la actividad y el ajuste de un horario de atención. Siempre he pensado que el “boca a boca” es el mejor medio de difusión que hay, aunque me pareció bien aceptar la propuesta de Martin y crear una *web* para el servicio. La página fue clave para el control de mis clientes y sus citas. Ellos mismos podían ver qué huecos había libres, así como reservar su selección, dejando una señal mediante *Bizum* a mi teléfono, incluyendo el concepto: “barbacoa”.

Martin no se perdió absolutamente ninguna de mis citas. En algunas de ellas no participaba activamente, se limitaba a explicarle al cliente hasta qué punto podía utilizarme y humillarme, encargándose también de que hubiera respeto en todo momento. En la mayoría, y previo acuerdo con el pagador, explicaba esos límites participando de ellos.

Igual que mi amigo un día vino sin avisar, un día dejó de responder a mis llamadas. Sentí mucho que desapareciera pero así fue. Debería haberlo visto venir, ¿qué me esperaba? Demasiado me duró. Me quedé con mis experiencias, el dinero, los contactos y un pequeño agujero en mi interior.

Pero esta vez no, con Álvaro va a ser distinto, él es quien estaba esperando, lo sé.

- ¿Vas a tomar postre? – se escucha de fondo en mi cerebro.
- Jon, te están hablando. ¡Jon! Tienes el lunes más despistado de lo normal, ¿no? – espeta Sara zarandeando ligeramente mi brazo.

- ¡Perdón! Sí, no,..., no sé. ¿Qué hay de postre?
- Tarta de tres chocolates, tarta de queso con mermelada de arándanos, helado y fruta – canta enseguida Angie.
- Café solo. Con hielo. Gracias.
- Madre mía Jon, a ver si descansas un poco hijo. Ni que hubieras estado follando todo el fin de semana – bromeó Sara, mientras Alex sonreía sin dirigirme la mirada.
- Sí, bueno. No pasa nada. Todo está bien – dije lo primero que alcanzó a articular mi boca sin tener que conectarse con mi mente.

¿Y si no lo es? ¿Y si Álvaro no es lo que creo? ¿Dejará su vida por mí? ¿Por nuestra relación? Millones de dudas viven siempre en mi cabeza.

Mi pensamiento puede ser muy insistente. Comienza con preguntas que se reproducen a cualquier hora del día o de la noche, aumentando mi estado de ansiedad hasta obligarme a acciones de forma incontrolada.

Acabo de decidir una de esas cosas sin valoración de resultado que necesito hacer. Rápidamente, recupero de mi memoria de archivos la imagen de una estampita que se encontraba en el recibidor de su casa. No consigo visualizar el nombre de la Virgen, pero sí el de una parroquia, que me resultó muy curioso: *Nuestra Señora de Europa*. *Google Maps* me ayuda a determinar el trayecto desde mi casa y la web de la iglesia a ponerle fecha al momento. La verdad es que acabo de descubrir que existen estas páginas en internet con sus horarios, su programación y demás, no lo esperaba de este tipo de negocio. Me resulta curioso, aunque en este momento muy útil, para saber que esta tarde hay misa a las siete y media. Necesito encontrar a Álvaro y es una posibilidad.

- Jon, hijo. Te estoy diciendo que lo nuestro está pagado y nos subimos a la oficina. Ahí te quedas. No sé qué te pasa hoy, ya me contarás – protesta Sara alejándose hacia la salida.

Ciertamente estoy ausente. Su sonrisa se aparece una y otra vez ante mis ojos. Su olor, su calor y su sabor están presentes. Su mirada me atraviesa fugazmente a cada rato, haciéndome sonreír como un tierno adolescente.

Capítulo 3

El verano de la Capital alimenta el asfalto durante tantas horas y con tal esfuerzo, que si hubiera dos noches seguidas el suelo podría vomitar calor durante todas sus horas. Es increíble como el sol de las seis y poco de la tarde es capaz de colocarse sobre tus hombros haciendo que tu camino se vuelva más que pesado, casi infinito.

Atravieso el *Parque de Peñuelas* comprobando entre mis pies la herencia del botellón de anoche, mezclada con las *litronas* vacías de los habitantes de la mañana. Las papeleras rebosan y el suelo en algunas esquinas se cubre de envases de helado, bolsas de chuches y otros restos difíciles de identificar.

Pocos de mi edad se aproximan a una iglesia a esta hora, o quizá a ninguna. Actualmente la religión, en un país como el nuestro, está “de capa caída”. Nuevas confesiones como el fútbol han ocupado el fervor de la población marcando eventos, protocolos, amistades, fidelidades y demás pasiones, con la ventaja de no tener que entregar nuestra alma. La cartera es suficiente.

Un suave aroma, mezcla de incienso y cera, penetra en mi interior activando imágenes de mi infancia. De la manera más real posible se reproduce en mi cabeza una mañana de Navidad. Me veo acudiendo emocionado junto a mi madre al Santuario de *Nuestra Señora del Castañar*. La celebración de la misa de las doce de la mañana es el principal lugar de reunión para festejar el nacimiento de Jesús, aunque en mi caso, los nervios vienen por ver su increíble belén. Todos los años desaparecen los confesionarios del fondo abriendo sitio a un “nacimiento” de dos alturas. Lo decoran con musgo natural, infinidad de luces, personajes articulados y todo aquello que simule un verdadero pueblo de aquella época. Sus recovecos se llenan de pequeños detalles que siempre logran sorprenderme y en especial me gustan los riachuelos que recorren toda la escena. El sonido del agua en movimiento me embelesa. Recuerdo con cariño y con una sonrisa esa increíble atracción, seguramente ingenjada para el disfrute no solo de los más pequeños.

Avanzo despacio por el pasillo central de una iglesia de estilo moderno, cuyo único parecido con la de mi niñez es la disposición de sus bancos para el rezo. Al fondo, la figura de un sencillo Cristo vigila cabizbajo el Sagrario de madera, situado junto al altar principal. Algunos templos de grandes ciudades como Madrid son especialmente austeros, nada que ver con los de muchas pequeñas poblaciones de su alrededor. Hay algunos tan encajonados entre edificios de viviendas, que son difíciles de reconocer desde el exterior a simple vista.

A mi derecha dos confesionarios sin cortinajes seguidos de un pequeño púlpito, probablemente sin uso, que mira hacia la escasez de súbditos. Son las siete, así que aún no han aparecido más de dos o tres fieles que se encuentran arrodillados y esparcidos por el silencio del templo.

Espero pacientemente en uno de los bancos delanteros, pero no en el primero. Pretendo ver de cerca al sacerdote aspirando a que él no se fije demasiado en mí. Si es la razón de mi visita no quiero que se asuste con mi

presencia. Me sudan hasta los ojos y siento agarrotadas mis manos, lo que me hace pensar en las suyas. Unas manos suaves, enormes, bien cuidadas, que rozan mi piel y me hacen temblar, aunque es su abrazo la mayor de mis perdiciones. Siento su pecho pegado junto al mío y su cuerpo me abraza de tal modo que quisiera hundirme para siempre en su interior, ser feliz eternamente viviendo unido a su corazón.

“En el nombre del Padre, del Hijo,...” no quiero que parezca una falta de respeto, pero no soy practicante y no recuerdo exactamente lo que hay que hacer o decir. Me preocupa especialmente, dada la escasa afluencia de público. Preferiría no causarle una mala impresión a Álvaro.

Sí, es él. La alegría se enciende en mí, su sola presencia me estremece, su sonrisa me da la vida. Le noto ligeramente distinto, pero es normal teniendo en cuenta que está trabajando. No debe ser fácil estar en un escenario donde el público no sabe que eres actor, ¿o quizá él tampoco lo sabe? ¿Por eso le es tan fácil hacer este papel? Debo esperar a que el acto termine y entonces me acercaré, lo tengo todo medio planeado.

“Podéis ir en paz,..” es un hombre tan profesional que no ha tenido ni un momento para desviar su atención, ni siquiera una mirada fuera de lugar. Yo tampoco lo pretendía y no le he dado pie, pero me ha sorprendido que haya fingido tan bien. ¿Quizá no me ha reconocido? ¿Y si para él solo he sido un polvo? ¡Ostias! ¿Y si voy a hacer el ridículo? No, no, no,..., no sigas por ahí que te pierdes.

El silencio y el aroma a meditación se adueñan de nuevo de mi alrededor, mientras encamino mis pasos hacia el sacerdote. Nuestros ojos se encadenan a la vez que aparece en su rostro una amable mueca, nada que ver con lo esperado.

- Hola Álvaro – pronuncio tembloroso con el ceño fruncido – No tenía intención de molestar, solo quiero hablar un momento contigo, por favor. ¿Puedes?

Brota una pequeña carcajada de su boca. Inspira profundamente bajando la mirada, contacta visualmente conmigo y responde conciso y directo:

- Te equivocas de persona, hijo. No sé lo que habrá hecho Álvaro en esta ocasión, pero yo no puedo explicarlo por él.
- ¿Perdón?
- Álvaro es mi hermano. Somos gemelos. Yo soy el Padre Antonio. - responde mientras abandonamos el altar.

En realidad, compruebo que no son idénticos, ahora puedo distinguir rasgos diferentes en su cara. El brillo de sus ojos parece distinto, incluso diría que es un poco más bajo, o quizá simplemente esté más gordo. Esto último es algo apreciable únicamente cuando ha empezado a quitarse sus ropajes en la sacristía.

- Ah, pues,... - intento sorprendido y decepcionado articular alguna frase. No tengo claro hasta dónde conoce de la vida de su hermano.

- ¿Eres amigo suyo, hijo? Puedo dejarte su teléfono y hablas con él. Yo tengo que recoger el oficio, ya voy tarde.
- Claro. Sí, bueno, el teléfono ya lo tengo pero no me responde los *wasap*, y no sabía cómo...
- Y tú lo que quieres es verle – interrumpe el párroco – Mira, vas a hacer una cosa, pásate por mi casa cualquier tarde sobre las seis. A esa hora viene siempre de visita su suegra, y baja a apoderarse de mi tele y mi sofá. Ahora debo dejarte.

Tras anotar su dirección en el móvil, encamino mis pasos hacia la salida, a la vez que agradezco su atención.

Después de ese momento de bloqueo, consigo darme cuenta de dos cosas importantes:

1.- Los datos me suenan mucho. Creo haber estado en esa dirección: Sor Domitila Arce Barro, 4, segundo izquierda, como para no recordar ese nombre.

2.- ¿Suegra? ¿Entonces?

No hay que ser muy listo para deducir que se hizo pasar por su hermano el cura porque realmente está casado. Me siento decepcionado por su mentira pero entiendo los motivos, es habitual no fiarse de alguien como yo.

Quizá para él no ha sido lo mismo que para mí. Seguro que esto no va a salir bien, aunque puedo estar contento de que al menos me haya dicho su verdadero nombre. Tengo claro que el próximo paso es ir a verle y hablar cara a cara, si no me da con la puerta en las narices, claro. Bueno, el próximo realmente es irme a casa, necesito ducharme y relajar esta tensión. Además he de preparar documentación para mañana, tengo una importante reunión con el Jefe de Calidad y el imbécil de Alex, su mano derecha.

Tampoco puedo dejar de lado mi *web*, cuando se acerca el fin de semana, me resulta imprescindible tener todo organizado, mirar las mejores rutas para ser puntual, tener en cuenta el material, la depilación y vestuario. No me gusta dejar las cosas para última hora. Mis clientes pagan un servicio de calidad en todos los sentidos y así debe seguir siendo durante el tiempo que esto dure, que no puede ser para toda la vida.

Capítulo 4

Después de valorar los riesgos y oportunidades que se presentan para nuestro sector en el presente año, he de modificar las acciones de mejora y los objetivos de calidad para adaptarlos al siguiente ejercicio: muy bien.

Debemos conseguir controlar la emisión y recepción de encuestas por parte del departamento comercial, en concreto de los comerciales de siempre, que pasan de todo: anotado.

Monitorizar los procesos que han tenido no conformidades recientemente y realizar un seguimiento y medición de las acciones correctivas propuestas: perfecto.

Numerosas de mis tareas se van agolpando sin posibilidad de ser digeridas. Parece una película de Mickey Mouse, donde una fila de infinitos platos repletos de postres vuela hacia su boca, mientras el estómago del ratón se hincha sin medida.

La única hilera que yo visualizo ahora mismo con claridad es una locura de planes de un futuro sin cerrar, románticos lugares y rincones de su cuerpo por explorar, caricias por sentir, sentimientos que se alinean arrastrándome con la misma fuerza que lleva a una hormiga a seguir a sus compañeras, sin pensar en las consecuencias, con confianza plena en su naturaleza.

Escucho de fondo a mi compañero que no disimula ni lo más mínimo al criticar mi desconcierto. Realmente estoy bastante ausente, me cuesta sacar esos ojos de mi cabeza, no lo niego, pero también sé que mi relación con Alex no es buena y él se aprovecha.

He intentado acercar posturas con más de un café de primera hora y alguna charla de ascensor. Sin embargo, todo ser con conocimientos inferiores a él sobre el deporte rey o sobre el “mejor equipo del mundo” no merece una respuesta cordial. Un hombre de los pies a la cabeza con derecho a piropo sobre cualquier hembra, quien deberá estar agradecida por ello, además de venia para excluir y estigmatizar a cualquier homosexual que se le cruce, así es él. Si supiera la mitad de lo que hago con mi vida, ¿me denunciaría, o quizá contrataría mis servicios? Una amplia sonrisa ilumina mi cara mientras busco respuesta a esa pregunta, justo frente a sus ojos.

- Si. Lo tengo todo – afirmo con tono convincente.
- Itxaso, por favor, no quiero fallos. En unas semanas tendremos auditoría y debe estar todo correcto – me replica con autoridad el jefe de Calidad.
- No se preocupe. Estará – respondo con seguridad ante la mueca de incredulidad de ambos.

No creo que tenga demasiado problema en desarrollar en un par de días todo lo que me hayan pedido, aunque tendré que esperar al acta de reunión de hoy para tenerlo claro. Aun así es un tema que domino, así que no hay motivo para inquietarse.

Nervioso estoy por otras cuestiones, en concreto porque sean las seis de la tarde. He vuelto a poner un *wasap* al número que me dio Álvaro, antes de personarme en casa de su hermano, pero continúo sin respuesta.

La sensación del paso del tiempo es muy lenta cuando estás esperando, pero al final todo llega. El chorro de agua caliente sobre mis hombros me destensa ligeramente. Un poco de colonia, sin abusar, pantalón corto, camisa, mis *gayumbos* preferidos y los zapatos de verano. Cartera, llaves, móvil y mascarilla. Todo en orden.

La mezcla de muchas culturas se respira en cada metro de esta ciudad. Estamos tan acostumbrados a vivirlo que no somos capaces de apreciarlo. Nada tiene que ver cualquiera de las calles de Madrid con aquellas que vivieron nuestros padres y mucho menos los suyos. Entonces visitar un restaurante de otra nacionalidad era un lujo al alcance de pocos, y ya no solo otros países, sino otras creencias, otras pasiones, otros modos de vida, respetados y aceptados. Bazares, tiendas *Handmade*, mercaditos, moda de cada esquina del planeta, barberías, locales *tatoo*, teterías, Maxi-gimnasios, *Beauty Centers*, delicatessen, especialidades,..., se mezclan con el zapatero de siempre, el carnicero, el quiosco de periódicos y el bar de la esquina.

Esta estival falta de aire en las calles unida a mis nervios me está pasando factura. Mis cervicales contraen los músculos del cuello e impiden el paso de parte del riego a la masa encefálica. En este estado enfilo la calle Sor Domitila Arce Barro consultando el móvil por última vez para ver si ha habido respuesta. No sé cómo va a reaccionar Álvaro, no sé siquiera si me abrirá la puerta, probablemente ni lo haga.

Colocado frente al portero automático del número cuatro, intento respirar para recuperar un ritmo cardíaco compatible con la vida. Mi corazón late junto a mi garganta y el sabor a sangre la llena. Esto no puede ser bueno para la salud. Levanto mi mano con la vista fija en el pequeño botón plateado, esperando que me devuelva toda la esperanza que he depositado en su respuesta. Lo pulso con energía.

- ¿Si? – se escucha el otro lado
- ¿Álvaro? – pronuncio con cierto miedo disfrazado de timidez.
- ¿Quién es? – Aquí viene el comienzo de algo o el final de todo.
- Soy Jon. Perdona que te moleste. ¿Podemos hablar un momento, por favor? – aunque lo he intentado controlar, al final de la frase noto mi voz temblando.

Se hace un silencio durante el que hubiera podido ir y volver hasta el Aconcagua un par de veces, aunque en la Tierra solo habrá durado treinta segundos. El sonido del portero automático desbloqueando la cerradura activa mis reservas de adrenalina y en dos milisegundos, de mi realidad paralela estoy en la segunda planta.

La puerta está entreabierta, como la primera vez. Veo luz de penumbra en el interior de la vivienda, lo que aumenta mi inseguridad sobre lo que pueda

ocurrir. Medio giro en el recibidor hacia la izquierda y entro en el salón donde puedo ver una silueta a contraluz, frente a mí, esperando de pie.

En un primer momento detengo mis pasos. Enseguida veo la sonrisa de Álvaro invitándome a acercarme a sus brazos completamente abiertos. No es mal comienzo. Me dejo hacer estrechándome contra su cuerpo, mientras comienza una conversación entre susurros.

- Hola
- Hola Jon.
- Pensé que no querías verme. No respondes a mis mensajes. No quería molestar y...
- No tengo ningún mensaje, Jon. La verdad es que quería llamarte, pero, no sé. No lo hice.
- Pues te puse varios *wasap* y después fui a la iglesia a buscarte.
- Ya. Ya me ha dicho mi hermano. Te debo una explicación. Entiende que soy un hombre casado y estas cosas. En fin, no quiero líos y...
- No, no. Si lo comprendo, Álvaro, pero me llevé un buen chasco pensando que tu hermano eras tú.

La conversación se va volviendo menos tensa, desinflándose entre sonrisas y respiraciones pecho con pecho.

- Yo me dije, “este chico no me llama, ni nada”, será que no le ha gustado o que no tiene más dinero – comento con ironía.
- No. No es eso y lo sabes. Lo pasé muy bien el otro día. Para mí fue algo más que un rato de cama.
- ¿Sí? ¿Qué más fue? – pregunto, esperando que su respuesta alimente mi ego.
- Pues fue todo, Jon. Nunca había sentido tanta compenetración con nadie. Estuve tan cómodo, tan relajado. Feliz, es la palabra. Pensé en llamarte pero no quería hacer el ridículo.
- ¿Ridículo? ¿Por qué, Álvaro?
- Supongo que debe ser muy normal que tus clientes se enamoren de ti y te reirás cuando sucede.
- ¿Perdón? – no puedo evitar poner cara de sorpresa ante su afirmación – Tú no puedes estar enamorado, Álvaro.
- ¿No puedo? ¿Te has dado cuenta de que todavía no te he soltado? Y si tu quieres, no te soltaré nunca, Jon.

Me siento excitado, confundido, dudo de sus palabras y de la situación. No puede ser, esto no tenía que estar pasando. ¿Y si me está vacilando? ¿Y si tiene otras intenciones? ,..., y si lo dice de verdad y me dejo llevar, ¿Qué pasaría?

- Jon, no dices nada.
- No sé qué decir, solo quiero estar así, abrazados. No sé qué me pasa contigo. No sé qué hacer.
- De momento nos damos un beso, antes de que se acabe el mundo, ¿te parece?

Entre miles de abrazos intercambiamos los móviles, comprobando que, esta vez, yo lo anotaba correctamente. Esa tarde pasó rápido, la siguiente y las demás siguientes, también. Los momentos a su lado parecían volar, nunca habíamos sentido las horas ir a tanta velocidad.

Nos apetecía llenar nuestros encuentros con algo más que el contacto de nuestra piel, así que empezamos a hacer las típicas preguntas sobre gustos y compatibilidades. Afortunadamente cada vez respondía uno, pues si no, no me habrían sido fáciles de creer los resultados. Coincidimos en la comida italiana y japonesa, la música española de los años ochenta, la pasión por la playa, los deportes, los perros, el gusto por madrugar y por el cine español. Ambos preferíamos un amanecer solitario que una *party* en un yate de Ibiza.

Cada vez que yo preguntaba algo, él respondía lo mismo que yo estaba pensando. Nos encantaba coincidir en el gusto por el guacamole, el chocolate, los museos, las tardes de gimnasio y una buena meditación compartida. Conseguimos una compenetración en cuestión de semanas mil veces mayor a lo que muchas parejas tienen al final de toda una vida.

Al cabo de sólo unas semanas nos dimos cuenta de la dependencia que habíamos desarrollado el uno del otro. Hablábamos todos los días al levantarnos y antes de dormir. Antes de la siesta y después de la ducha. Siempre había un recuerdo para esa mirada de ojos verdes que me taladraba el alma y que, también siempre, obtenía su respuesta.

Justamente un mes después de nuestra primera cita, Álvaro se empeñó en hacer una visita a un pequeño museo de la ciudad. De la sala de exposiciones temporales colgaban una serie de lienzos de un autor poco conocido, con escenas híper realistas de paisajes primaverales.

Recuerdo la expresión de su cara cuando se puso de rodillas frente a mí. Recuerdo con cariño la obra que adornaba la escena como si ambos estuviésemos en su interior. Una verde hondonada cubierta de rocío atravesada por un pequeño arroyo dejando paso al sol del amanecer era el escenario. Solos, ante la mirada atenta del mundo, de la luna casi escondida junto a sus hermanos mayores, allí es donde me pidió ser su compañero para siempre.

Podría haber hecho una broma saliendo de esa situación. Hubiera sido normal en mí decir que era precipitado. No sería extraño que incluso me hubiera echado una carcajada,..., pero me volví loco, cerré las puertas de mi cabeza y abrí las voces del corazón que respondieron un simple “sí”.

Aquel pequeño anillo de acero, plano, con marcas en zigzag no parecía una alianza, pero para mí era un símbolo perfecto. En nuestro mundo las cosas serían como nosotros las decidiéramos.

Trasladé mi residencia a tres calles de casa de su hermano, lo suficientemente cerca y lo bastante lejos. Desde la distancia de su situación, Álvaro me visitaba con bastante frecuencia en mi nuevo apartamento, donde aprendimos a bailar bachata y sobre todo a querernos desde lo más profundo.

En muchas ocasiones sentí que estaba viviendo una película de Hollywood. Era todo tan perfecto que así me hacía sentir. Dudé millones de veces si realmente era casado o incluso si acaso no se llamaba Álvaro. Pero lo que nunca dudé era lo que me quería. Un día apareció, como muchos otros, con un regalo para mí. Solía comprarme colonia y aparatos de última generación, pero esa ocasión fue muy especial.

- Traigo una cosa para ti, rey.
- No quiero que me compres nada Álvaro, te lo he dicho mil veces. No necesito nada que no seas tú – en realidad me encantaba que me hiciera regalos, pero me gustaba hacerme de rogar.
- Este te va a gustar Jon.
- Venga vale, ¿dónde está? Dámelo – exigí sin disimulo.

Se quedó parado frente a mí, comenzando a sacar su camisa del pantalón y dejando entrever su cintura. Pensé que se trataba de un algún juego íntimo y, en cierta manera, me sentí defraudado por unos segundos, como si a un niño le das un regalo y cuando lo va a desenvolver se lo arrebatas.

- Mira lo que me he hecho, rey – pronunció mientras se giraba y señalaba hacia la parte baja de su espalda.

Mi cara de asombro debió de ser épica al apreciar de cerca el tatuaje aún reciente de su piel. Un pequeño águila imperial sujetaba entre sus garras una serpiente que se revolvía formando la inicial de mi nombre. Un detalle sutil, romántico, sencillo, inapreciable a los ojos de los demás y lleno de la esencia del mundo que habíamos empezado a construir juntos.

Capítulo 5

Por supuesto que teníamos nuestros momentos de cordura, de poner los pies en la Tierra. Sin embargo, cada vez que la realidad nos recordaba su matrimonio, él se apresuraba a decir que estaba tomando medidas para solucionarlo.

A mí no me gustó nunca insistir en el tema porque realmente le creía. Pensé en todo momento que iba a dejar a su mujer, por muy ingenuo que parezca por mi parte. Siempre acabamos diciendo que estábamos unidos eternamente desde aquella visita al museo, así que todo se volvía una simple cuestión de tiempo, como la vida misma.

Fuimos aprendiendo caricias y sonrisas, despejando dudas y edificando abrazos. Acompañándonos en la vida mientras profundizábamos en nuestras personalidades, descubrí que Álvaro era un hombre tranquilo por dentro, feliz con su naturaleza, aunque bastante desconfiado. Hombre de pocos amigos a los que fui conociendo poco a poco, me fue abriendo sus secretos, entregándose por completo. Yo le correspondía, si bien por dentro estuve envuelto en mil dudas sobre la veracidad de sus historias.

- Cada vez que suena tu móvil, me da un vuelco el corazón, Álvaro.
- ¿Por qué, rey?
- Porque suele ser el momento en que pronuncias mis palabras más temidas: “me tengo que ir”.
- A ver Jon, estoy en ello, pero no es fácil. Dame tiempo, por favor.
- Ya lo sé vida, no quería que te molestase. Es solo que me duele cuando te vas, te echo de menos antes de dejar de verte.
- Te voy a contar una cosa que no sabes, rey, y que nos va a ayudar.

Con toda la ternura del mundo, envolviéndome entre sus brazos, me relató cómo le había cambiado la vida años atrás, cuando trabajaba de técnico de reparaciones y la fortuna llamó a su puerta. En ese momento la relación con su mujer estaba ya deteriorada, había entrado en fase de hastío, de monotonía, de besos huecos, de amistad disfrazada de matrimonio, por lo que decidió no hacerle partícipe. Sus padres, como los míos, ya no estaban entre nosotros, y consideró que solo sus tres hermanos debían conocer el hecho.

Cuando uno recibe un premio de medio millón de euros, no suele querer que la gente que le conoce lo sepa. Es curioso cómo una alegría de ese tipo tiene la costumbre de llevarse anónimamente. Álvaro, que había atesorado el dinero hasta la fecha, estaba compartiendo conmigo su secreto y comentaba su deseo de hacer lo mismo con ese patrimonio.

Su corazón solidario provocó que quisiera cambiar de profesión para ayudar a los demás. Buscó la formación adecuada y consiguió un trabajo en las urgencias del hospital más cercano, sintiéndose así un poco más en paz con su suerte.

- ¿Me estás diciendo que estás forrado? - pregunté con la misma cara que un niño antes de entrar por primera vez a *EuroDisney*.

- Te estoy diciendo que no debes preocuparte por el dinero, Jon. Y que te quiero.
- Y yo a ti Álvaro, te amo.

Sin querer remediarlo comencé a ver a mi amado con otros ojos. No solo encontraba en él la paz que me alimentaba por dentro, la risa y la felicidad del día a día, sino que su situación completaba mi inseguridad. Me sentía respaldado, fuerte, capaz de darle un vuelco al rumbo de mi vida. Sinceramente, mi deseo de niño no era ser técnico de calidad en un laboratorio y chico de compañía a tiempo parcial. Con esa noticia acaricié estabilidad económica, me veía abandonando el infierno de la oficina, dejando de soportar situaciones que alimentaban mi estrés.

Preferí no hablar del tema y dejar que Álvaro me regalase el oído con propuestas y viajes, con sueños sin límites. Recuerdo su intención de trabajar juntos en nuestro propio restaurante. Fantaseamos con vernos a diario al frente de una misma ilusión. Yo me ocuparía de la parte administrativa, gestión y marketing, y él de la producción y el personal. Coincidimos en nuestro gusto por cocinar, pero también en el mismo por vivir y hacerlo lo mejor posible. No pretendimos en ningún momento ser esclavos de una cocina ni de un salón, se trataba más bien de ser los exigentes gerentes de un negocio que se desviven por sus clientes. Fueron días felices.

Los meses fueron pasando y decidimos cambiar aún más nuestro futuro, aunque hay pasos que uno debe dar solo y, para ciertas cosas, Álvaro siempre ha sido muy independiente.

Consultó a su asesor privado las mejores condiciones posibles para separarse de su mujer y continuar en posesión de todo su dinero. Para ello debía tener muy en cuenta su enlace en régimen de gananciales. La opción que les pareció más adecuada, con el beneplácito de su hermano Antonio, fue hacer a éste heredero en vida de la cantidad íntegra, procurando evitar así el reparto. En menos tiempo de lo que pudimos imaginar estaba hecho, con los costes de los tributos correspondientes a organismos oficiales.

Durante esa etapa de nuestra relación, yo seguía en mi lucha diaria, escondido tras mi muro de expedientes. Me sentía en medio del ruedo siendo observado desde el burladero por más de un superior, mientras sufría los desplantes de mi *querido* Alex. Cada vez que su ironía y su traición salían a la palestra para comprometerme o incluso acusarme, una sonrisa aparecía en mi semblante empujada por esos ojos verdes que respaldaban mi futuro en todos sus aspectos.

Sin embargo, no siempre las cosas salen según lo previsto. O mejor dicho, la mayor parte de las veces nunca salen según lo planeado. Después de una larga vida en pareja las amistades son compartidas. No se recuerda de quién fue amigo primero y es difuso en cuál se puede confiar más. Con la familia pasa igual, los cuñados se comportan como hermanos y algunos hermanos desaparecen como si fueran primos. En ese ir y venir de cambios en las relaciones, apoyada por algún traidor cercano, su mujer descubrió el plan. Se produjeron varias reuniones sin Álvaro para tratar de dar explicaciones, de compensar la ofensa. Al final todo se saldó, por generosidad del sacerdote, con un acuerdo interno que dejó a mi futura pareja con la mitad del montante.

Esos dolorosos momentos, unidos al divorcio, incidieron fuertemente en su ánimo, llegando a ser necesaria medicación. Comenzaron las visitas pautadas a una psicóloga que, según él mismo comentó, le devolvían las ganas de vivir al final de cada sesión. Con una facilidad indescriptible, esa mujer hacía los problemas mucho más pequeños, llegando a provocar en su interior instantes con la mente en calma. Yo continué a su lado alentando su existencia y sujetando su mano.

- Tú mismo me dijiste que el dinero no es importante, Álvaro - comenté sin tapujos.
- Sí, bueno, no tanto. El dinero es una buena ayuda para empezar y poder darnos algún capricho. El caso, Jon, es que quiero que la mitad sea tuyo, y que dejes de trabajar.
- Mi vida, si te refieres a como nos conocimos, eso ya no existe y lo sabes.
- No, me refiero a no trabajar. A esperarme en casa cada tarde y a dejar que cuide de ti - me respondió con los ojos llenos de ternura - no quiero que tengas que aguantar más a tus compañeros, o que la ansiedad por hacerlo te pase factura, rey.
- Ahora tenemos que centrarnos en ti - respondí sentenciando la conversación.

Capítulo 6

Pasear por la orilla del mar siempre me ha parecido uno de los mayores placeres. Hacerlo de la mano del amor de mi vida lo coloca sin dudar en el primer lugar. Las olas que se acercan tímidamente, sin fuerza, transparentes, dejando ver nuestros pies hundiéndose ligeramente al caminar. La sensación de la arena escapándose entre los dedos te acaricia suavemente. Mi única meta en este momento es escoger alguna de las pequeñas piedras de la orilla, quizá un par de ellas, que decorarán la jabonera de nuestro lavabo.

La brisa que acompaña a la espuma blanca lo convierte en el mejor sitio para atenuar el calor de la tarde. Aún conservo una enorme sonrisa recordando cómo terminó la de ayer. La pasada noche nos invadió lentamente, desplazando al caluroso sol justo frente a nuestros ojos, mientras nuestros cuerpos abrazados se acomodaban entre las rocas del acantilado del Faro de la Mola. El espectáculo nos invitó a desear bajarnos del mundo y permanecer allí un par de eternidades. Estoy seguro de que volveremos más veces a esta isla.

El día no había sido mucho más diferente. Siempre me ha gustado acariciar su piel, sus manos, su espalda, su cuello, sus labios. Tumbados en la playa, sin más objetivo que tostarse bajo el sol del Mediterráneo, podríamos pasar el resto de la vida.

Ciertamente mi sentimiento de culpabilidad intenta dominar la situación, acaparando la mayor parte de las noches. Muchas de ellas repaso cada detalle, cada momento de esos días en los que tomamos las riendas de nuestra vida, de nuestro futuro, pasando por encima de quien hiciera falta, incluso de nuestros propios principios. Así fue como nos liberamos.

Sin embargo estos días con Álvaro están siendo tan idílicos que son capaces de amortiguar esa quemazón interior. En sus ojos puedo percibir el sufrimiento por lo ocurrido, aunque su sonrisa me tranquiliza intentando convencerme de haber pasado página. Cargar con este peso no es fácil para ninguno de los dos, pero tomamos la decisión juntos, lo planeamos juntos y seguiremos juntos. Es nuestro sino, el mismo que nos ha empujado a disfrutar estos días en la maravillosa Formentera.

Meses atrás Álvaro fue mejorando su ánimo día a día, intentando asumir con dificultad la traición de su hermano. Realmente Antonio se comportó con él del mismo modo que mi amado había pretendido para su mujer, pero a uno le duele más cuando se lo hacen en sus carnes.

Su separación nos dio autonomía como pareja y un espacio donde compartir, que fue poco a poco reforzando y consolidando nuestro amor. Nos permitió aprender técnicas de relajación juntos, abriendo nuestras mentes hacia nuevos objetivos personales lejos del puramente económico. Tanto es así que pasaron cuatro meses en los que Antonio era quien entregaba a Álvaro las cantidades que iba necesitando, sin reparar mi pareja en que ese control no debía ser ya cometido del cura.

Hasta que llegó el día en que todo comenzó:

- Antonio, tenemos que hablar - escucho hablar desde la cocina.
- Estoy siempre muy ocupado, hermano - se oye al otro lado del teléfono.
- Ya, pero necesito que pongamos al día las cuentas. Es momento de que me devuelvas lo que es mío.
- De verdad que estoy liado, Álvaro. Hablamos otro día - intenta zanjar el cura.
- ¡No! No me cuelgues. No entiendo lo que pasa. ¿Cuál es el problema?
- No te va a gustar Álvaro. Mejor nos vemos un día y te lo cuento en persona. He hecho algunos cambios.

Unos días después de la llamada, tras haber insistido enérgicamente para recuperar su dinero, Álvaro mantuvo una entrevista con su hermano. No fueron precisamente cambios lo que había hecho el sacerdote en su pequeña fortuna.

- Hola Álvaro ¿Qué te ha dicho? ¿Cómo está Antonio?
- Es el puto demonio- dijo respondiendo a mi pregunta.
- No será para tanto,..., espero - respondí con ánimo de mejorar el ambiente.
- Pues me ha dejado sin nada. Así, como lo oyes. Me ha echado en cara que no me he comportado como un buen cristiano con mi ex mujer y que debo confesarme y hacer penitencia por intentar engañarla. Por lo visto ya es bastante humillante para ella que la rechace, como para que encima haya querido quitarle lo que le corresponde por ley.
- Me estas dejando a cuadros - No acerté a decir nada más.
- Según me ha dicho, se ha visto en la obligación de castigarme como representante del Señor. Ha hecho que la mitad del dinero que me quedaba vaya a parar a la Santa Madre Iglesia en concepto de amable donación. Algo que, estoy seguro, le va abrir alguna que otra puerta dentro de esa puta secta en la que trabaja - espetó con desprecio.
- ¡Joder, Álvaro!
- Y la otra mitad no piensa devolverla porque no soy digno de ello. Pero dice que no me preocupe, que el dinero se me devolverá cuando él falte.
- Estoy alucinando. ¿Te ha dejado sin nada? Me cago en el...
- Tranquilo, no pasa nada Jon. Siempre dijimos que el dinero no era importante ¿no?
- ¿Estás loco? ¡Qué tu hermano te ha dejado en la puta calle! ¡Qué en lugar de ser hijo de Dios, es un hijo de la gran Puta!
- Ya, la verdad es que he estado a punto de matarle. Después de gritarle durante un rato, le he arrinconado contra la pared y casi le abro la cabeza allí mismo. Estaba tan acojonado que le he sacado dónde ha metido esa última mitad. Lo ha ingresado en una póliza de vida a su nombre.

Fueron momentos de emociones fuertes: odio, rabia y rechazo hacia la propia sangre. Pero también fueron instantes de cariño, de apoyo, de unión, de mucho amor entre los dos.

Recuerdo que mi reacción fue rápida y directa, sin meditar, sin valorar lo que pudiera ocurrir. Tuve uno de esos momentos míos que me condujeron a tirarme de golpe a la piscina, confiando en que nuestras mentes siguieran conectadas en ese plano especial, por encima incluso de nuestros principios morales. Afortunadamente sus verdes luceros aprobaron de inmediato la idea de llevarlo a cabo.

La mañana en que comenzó nuestro futuro acordé con Álvaro que viniese a buscarme al trabajo para comer juntos. Aún puedo visualizar el momento en el que le estoy presentando a mis compañeros, Sara y Alex, a los que invitamos a acompañarnos con el propósito de limar asperezas con el imbécil.

- En serio, no es necesario que invitéis vosotros, Jon - protesta tímidamente Sara.
- Insisto en hacerlo. Es hora de relajarnos un poco, después de tanto trabajo juntos - respondo observando la esperada cara de descontento de Alex.
- Voy a hablar con la camarera - dice Álvaro dirigiéndose hacia ella y rompiendo el momento de silencio que se había creado, antes de que fuese incómodo.

Angie nos acomoda en el único reservado de El Rincón de los PeScados, conforme a nuestra previa petición. Reconozco que nuestro principal escollo era que el cretino de mi compañero no aceptase a compartir mesa con dos *desviados*. Sin embargo siempre confiamos en el respeto a la condición humana de Sara y su cargo en la empresa como superior de Alex, que suponíamos influiría para que cediese.

Una cosa no quita la otra, así que, durante mucho rato hemos de aguantar con una amplia sonrisa unas cuantas puyas hacia la comunidad homosexual, conocedores de que la venganza sienta mejor congelada.

Tras el esfuerzo realizado y unas copas de vino, me permito insistir en inmortalizar el momento, obligando a Alex a acercar su cara más de lo deseado a la de mi amado. Tomamos unas fotos con sonrisas de *Instagram*, que comentamos adornarían el tablón de corcho de mi submundo laboral.

Establecido el contacto físico y dos botellas de *Yllera* después, compruebo cómo Álvaro pasa a la acción. Se acerca a la oreja de Alex, que sigo pensando que es más *trucha* de lo que parece, llamando su atención con la historia de su pequeña fortuna. En su mirada se puede adivinar mientras escucha con atención:

- Claramente este hombre no es capaz de gestionar esa cifra y necesita un buen consejero para sus inversiones. ¿Quién mejor que una persona inteligente como yo podría controlar la suma? ¿Cómo es posible que un maricón sin estudios no haya acudido antes a un hombre responsable como yo?

En fin. Ya está tirada la caña. Al terminar los cafés puedo ver cómo se intercambian los teléfonos de cara a fijar una cita posterior.

No queremos dejar pasar demasiado tiempo desde la siembra hasta la recogida, pero hay que hacer las cosas con cabeza. Confiamos plenamente en la avaricia y la prepotencia del imbécil, sí, pero tampoco es plan de tentar a la suerte. Invertimos el tiempo necesario en dar de alta dos perfiles en *Grindr*. En el sobremesa del sacerdote creamos una cuenta con la foto de ambos y el usuario *Antonio69*, editada para que no se reconozca el restaurante; y una segunda con una foto distorsionada de la ficha de la trabajo de Alex bajo el apelativo que nos pareció más gracioso: *lobezno41*. En horario nocturno,

colocamos entre ellos una serie de conversaciones que se adecúen a nuestro plan.

Tres semanas después de la comida mi novio cita mediante llamada de voz a Alex en casa de Antonio, donde dispondrán de tranquilidad para hablar de las propuestas económicas y, por supuesto, las respectivas comisiones. Sobra decir que Álvaro le asegura confiar en un hombre como él, casi rozando el límite entre los elogios profesionales y el flirteo personal, algo que tampoco parece molestar al imbécil. La reunión se fija a las seis de la tarde.

Me trae buenas vibraciones esa hora porque me hace recordar los *chatos* de vino que tomaba mi abuelo. Cuando veía las corridas de toros televisadas en la primera cadena, allá por el siglo pasado, cogía una silla dada la vuelta y se plantaba frente a nuestro televisor en blanco y negro. Apoyaba el pecho contra el respaldo jugando continuamente con un palillo entre los labios y me llamaba para que le sirviera el vino del pueblo, siempre en su justa medida.

Llegó el momento. Conozco la casa de Antonio lo suficiente como para tener claro cómo moverme por ella, aunque aún tengo serias dudas de que pueda acometer nuestro propósito. Creo que es cuestión de dejarme llevar, de actuar rápido y sin pensar, y eso es lo que voy a hacer. Llevo horas respirando entrecortado con una quemazón en la garganta que me transporta mentalmente a las ferias de mi pueblo, siendo aún niño. Es el mismo miedo, ese que casi paralizaba mi razón, el que me permitía avanzar hacia el peligro como un zombi, hacia lo no deseado. Sin poder remediarlo me encontraba yendo de la mano de mi madre hacia el *Tren de la Bruja*. No sentía temor por el túnel o por la escoba, no; era pánico por la posibilidad de que otro niño de mi colegio me viese y alguna de mis reacciones no fueran normales provocando un ridículo del que no podría escapar jamás.

Conocedor de que hoy el cura tiene servicio a las dos de la tarde, Álvaro calcula que no llegará a casa hasta las tres y media. Es un hombre de costumbres que siempre deja su comida preparada en un plato dentro del microondas, lista para calentar. Mi cómplice debe comprobar que el menú y la mesa están preparados para un solo comensal y disolver la cantidad justa de *lorazepam* en el vino que toma diariamente el siervo de Dios. Aun así, para evitar complicaciones, decidimos llevar a nuestro propósito el producto estrella de la empresa: norketamina inyectable. Es sorprendente lo sencillo que es encontrar este producto en internet aunque su aplicación no sea para humanos. Yo tengo acceso a algunas muestras del laboratorio. Solo son necesarios treinta segundos, tras la inyección intramuscular en una extremidad de una dosis de diez miligramos por kilo, para producir veinticinco minutos de anestesia quirúrgica. En altas dosis se producen efectos alucinógenos llegando hasta el coma, pero con cantidades moderadas se consigue un sentimiento apacible, sedante, soñador, similar al gas hilarante, una gran sensación de flotabilidad que te hace salir ligeramente fuera del cuerpo, unido a una parálisis temporal. Lo mejor de todo es que su residuo se presenta como ketamina estándar, siendo una gran ventaja ante un análisis *post mortem*, ya que deja abierta la puerta a un consumo recreativo.

Álvaro tiene también calado el horario de su siesta. Se echa en la cama de cuatro y media a cinco y media como mínimo, una cabezada de pijama y

orinal como él la define. Una vez que abandone la casa de su hermano me mandara un doble corazón por *wasap* y yo iré en el momento adecuado.

El corazón golpea mi pecho con una fuerza desconocida para mí. Solo su mirada grabada en mi cabeza controla que ese motor no explote llevándose por delante todos nuestros planes.

• ♥♥

Abandono el banco de piedra de la plaza de la Universidad de Leganés que me ha servido de refugio durante la espera. Camino rápido procurando no llamar la atención, aunque es algo completamente psicológico, porque en realidad en esta ciudad nadie llama la atención. Avanzo cabizbajo, controlando el movimiento de mis pies mientras se sitúan uno delante del otro, intentando no pensar en nada más que en ese desplazamiento de mi cuerpo, colocando mis zapatos lo más rectos posibles por las aceras del centro de la ciudad. Acompaño el momento con mi respiración, contando las exhalaciones tal como practicamos en clase de yoga.

Rápidamente accedo al portal, subo de dos en dos las escaleras sin hacer demasiado ruido, entro en la vivienda con las llaves de Álvaro y me detengo frente al espejo del recibidor. Permanezco inmóvil, mirando mi reflejo, intentando adivinar mi rostro tras la mascarilla quirúrgica mientras noto un enorme sabor a sangre en mi garganta y el corazón bombea contra mis sienes. Ya estoy dentro.

Sigilosamente me dirijo al dormitorio del cura y compruebo, jeringuilla en mano, que no es necesario la droga. Está tan dormido que parece que no tuviese que hacer nada. Podría asfixiarlo con la almohada o estrangularlo con mis propias manos, pero no es lo previsto.

En este momento no puedo evitar recordar aquella tarde que pasé en el campo con una amiga de toda la vida y su madre. Consuelo era una señora de setenta años, nacida y criada en un entorno rural y con una visión sobre los animales muy distinta a la de la sociedad cosmopolita del siglo XXI. No tenía reparo en relatarnos cómo había sacrificado muchas veces las crías de los gatos que tenían en sus alrededores para evitar plagas. Los metía en un saco de esparto que ataba por la boca y colocándolo en el suelo, se liaba a paladas, como el que sacude una alfombra vieja, hasta que cesaban los maullidos.

Tengo debilidad por una reproducción del David de Miguel Ángel, una miniatura en mármol que adorna la mesa principal del salón de Antonio. Lo he tomado al entrar, ya estaba decidido. Continúo de pie frente a la cama, una última gran inspiración y, rememorando a aquella señora, golpeo una y otra vez su cabeza con todas mis fuerzas. Lo hago sin saco, pero con guantes.

Tengo que decir que pensé encontrarme mejor al descargar mi rabia o que me sentiría fatal al quitarle la vida a un ser humano. No siento nada. También creí que el mármol era más resistente. El busto se ha partido en dos piezas.

Según lo previsto, procedo a revolver la cama y esposo las manos del cura al cabecero de la misma, comprobando que es cierto que duerme la siesta semidesnudo.

La llegada de Alex se hace esperar, estoy alterado. Intento respirar y no pensar, pero la imagen de su sangre salpicando emerge una y otra vez en mi atención nublando la realidad.

Por fin observo cómo mi compañero de trabajo accede al hall del pequeño piso a través de la puerta que yo mismo dejé entreabierta. Un pinchazo por detrás en su pierna derecha y todo continúa según lo previsto. Hemos tenido el momento íntimo más largo de nuestra relación laboral: treinta segundos aguantándonos la mirada. Alex observa asombrado las manchas de sangre de mi ropa, de mi cara e incluso de las pisadas de mis zapatos abandonando la estancia del cura. Instantes infinitos en los que vuelve su cabeza desde mi rostro hasta su pierna y desde mis manos hasta el fondo del pasillo, en un bucle eterno. Finalmente sus pupilas se detienen y sus manos, que sujetaban mi garganta con todas sus fuerzas, terminan por aflojarse, por abandonarse frente a mí.

Este estado no le deja discernir lo que es real y lo que no, así que cuando nota cómo le desnudo para intercambiar mi ropa manchada por la suya, veo cómo aparece una mueca en su rostro e imagino que cree tratarse de algún juego erótico. Lógicamente permite que tome sus manos para imprimir sus huellas sobre el arma homicida y tranquilamente paso a colocar su cuerpo en el suelo junto a la cama del sacerdote. Antonio yace con el cráneo abierto por la frente, los ojos sin cerrar, fijos, mirando hacia la nada, media cara desfigurada y ensangrentada, girada. Parece que intenta contemplar este segundo acto del plan, pero no me preocupa, he tenido tiempo de comprobar en varias ocasiones que no tiene pulso.

Acerco mis manos a la cintura de mi compañero buscando palpar sus bolsillos por fuera. He olvidado asegurarme de que la copia de las llaves de la casa que dejé ahí contenga sus huellas. Me cuesta coger los dedos de Antonio para dejarlas también en las fotos que esparzo por el suelo de la estancia, pero lo veo necesario. Esas imágenes de Alex y Álvaro (como si fuera Antonio), en actitud sonriente, esperarán entre ambos la llegada de la policía.

Para mí una de las cosas más desagradables ha sido tener que abrir un ojo de la cara del imbécil, completamente sedado, para desbloquear su móvil. Necesitaba instalar el *Grindr* y abrir el perfil de *lobezno41*. Recuerdo haber comprobado que las conversaciones en las que se quieren y discuten, y en las que el sacerdote amenaza con salir del armario presentándose en la oficina de Alex, se cargan automáticamente.

Me preocupa salir sin ser visto ni oído. Mi tensión arterial está haciendo latir tan fuerte mi interior que debe casi oírse en el descansillo del ascensor. Un *wasap* a Álvaro con un emoticono de un doble corazón de nuevo y él avisará a una de las vecinas.

- Si, dígame.
- ¿Amelia? Oiga, soy Álvaro, el hermano de Antonio.
- Sí, dime hijo - contesta la señora.
- Estoy llamando y no me lo coge. No suele echarse siestas tan largas y me preocupa. Ya sabe usted que anda con tranquilizantes y no vaya a ser que se haya pasado con la dosis que le recetó el médico.
- ¿Quieres que le llame, hijo? - responde Amelia, siempre tan atenta.

- Si fuera usted tan amable,..., llámele al timbre y le dice que me llame, que debe tener el teléfono en silencio, ¿quiere?
- Claro, hijo. Ahora mismo voy.
- Qué Dios la bendiga, Amelia.
- Adiós, hijo. Adiós.

Tras casi una hora de espera es la policía la que devuelve la llamada a mi futuro marido. Álvaro debe presentarse urgentemente en casa de su hermano, ha habido un accidente.

Recuerdo cómo mi amado me relató lo difícil que le fue declarar en comisaría manteniendo la calma. Tuvo ataques de pánico en varias ocasiones e incluso llegó a vomitar mientras explicaba que el cura mantenía una relación sexual con un chico que se llama Alex, que se habían conocido a través de una App de contactos y que tampoco sabía muchos más detalles. Teniendo en cuenta la escena que Álvaro había tenido que presenciar en la vivienda junto a los agentes, tampoco a nadie le extrañó su estado. Declaró que seguramente Antonio quería algo más con él, ya lo había comentado en alguna ocasión, e incluso llegó a insinuar colgar los hábitos.

Por otro lado la policía debe interesarse por el carácter de mi compañero de trabajo, por todos descrito como prepotente, homófobo, incluso un poco agresivo. Probablemente deduzcan que quizá se pusiera nervioso ante los planes del sacerdote y perdió el control.

Somos conscientes de que el seguro tratará de ampliar la investigación cuando tengan que reintegrar el importe de ciento veinticinco mil euros que cobraremos. También sabemos que Alex declarará que todo ha sido un montaje orquestado por un compañero de trabajo y que realmente no es culpable de nada, pero será difícil de demostrar.

De momento ya hemos buscado asistencia psicológica para Álvaro, sobre todo de cara a mantener las formas. En la ciudad estoy procurando estar mucho más distante y hemos quedado en no vernos hasta que las cosas no se enfríen. Tenemos que tener sangre fría y finalizar nuestro plan asegurándonos el futuro.

- Mis días a tu lado también han sido un sueño. Una carrera de sentimientos que brotaban sin parar, cada día uno diferente y más fuerte - susurra Álvaro en mi oído.
- Qué crees que es, ¿destino o casualidad? - respondo esperando ser halagado.
- Yo creo que es para toda la vida, rey. ¿Te apetece un mojito? - contesta sonriendo mi amado.
- ¡Claro!
- Voy a por dos al quiosco del camino del faro. No tardo.

En estos atardeceres de ensueño el sol tiñe de naranja el cielo y el mar haciendo que se confundan. Unas pocas nubes altas se colorean de rosa formando una escena digna de representar el paraíso. Desaparecen los tonos fríos prevaleciendo el color de la sangre. Intento contener mi pasado para no arruinar el momento.

Sin embargo, como he dicho antes, las cosas no suelen salir como están previstas y esta vez no iba a ser una excepción. Esa es la última conversación que recuerdo con Álvaro. Sus últimas palabras recorren mi pensamiento de forma insistente mientras marco compulsivamente su número de teléfono.

- El número marcado no existe.

FIN

CBS 2021